

ORDEN DIVINO

por Jim Rosemergy

Un comienzo divino

Cuando un niño nace con buena salud, es fácil decir que el nacimiento ocurrió en orden divino, pero cuando un niño nace con un defecto en el corazón, el orden divino no es tan obvio.

Cuando estoy en la playa con mi familia y amigos, y observamos la puesta del sol, todo parece estar en orden. La estela de humo que deja un avión en la distancia añade belleza al momento. Pero, ¿qué sucede si el mismo avión se estrella a tan sólo cinco millas de su destino? ¿Hay orden divino en esta circunstancia y en la consecuente pérdida de vidas?

En Unity, creemos que el universo de Dios es ordenado. Aunque tengamos que admitir que hay acontecimientos que no comprendemos, las señales de orden están en todas partes. El movimiento de cuerpos celestiales y el crecimiento de órganos vivientes declaran el desarrollo de un plan. Aun nuestros pensamientos son consistentes en el modo en que se manifiestan en nuestras experiencias. El amor produce amor. Los pensamientos de carencia producen más carencia y limitación.

Solamente Dios pudo haber concebido tal esquema para el desarrollo de nuestras almas y la construcción del cosmos. Aunque nunca veamos el esquema, presenciamos y experimentamos la realización del plan. Hemos descubierto incluso algunas de las leyes que dan forma a nuestras vidas en el universo. A través de estas leyes, el plan se pone en movimiento.

Ley y orden

Las leyes divinas son firmes y constantes. Ellas no están aquí hoy y se marchan mañana. Ellas son eternas y confiables, como el Dios que las creó.

Cuando interactuamos con las leyes divinas consistentemente, ellas producen resultados predicables. Los agricultores plantan semillas que ellos saben que producirán una cosecha abundante después de varios meses. Un grano de maíz producirá primero una brizna de hierba, y luego dos mazorcas que contienen miles de semillas. Este proceso de semilla, brizna y mazorca se repite millones de veces por todo el mundo.

Las leyes de Dios afirman nuestra igualdad. Ellas no tienen favoritos. La gravedad ejerce la misma fuerza en toda persona. El odio es perjudicial tanto para la vida del hombre de negocios como para la vida del aborigen o el sacerdote. El perdón permitirá que el amor sea sentido de nuevo, bien perdonemos una ofensa inmediatamente o nos tome veinte años para dejar ir nuestros sentimientos de que algo fue injusto.

Conocemos muchas de las leyes y preceptos físicos que el Espíritu creó para ayudarnos a desarrollarnos como seres espirituales, pero todavía falta por descubrir. Los principios que gobiernan nuestras almas es territorio aún sin explorar. Puede que seamos capaces de observar los movimientos de cometas que viajan más allá de nuestro sistema solar, pero hay veces en que no podemos predecir con precisión las condiciones del tiempo para una semana o ni siquiera un día.

Y quizás más importante, no podemos predecir lo que nos sucederá de un momento a otro. Hacemos planes y seguimos nuestros horarios, pero los hechos inesperados son tan frecuentes que en cierto modo debemos “esperarlos”. Del mismo modo en que pensamos que el orden debería significar predicción, debemos admitir que no es así. Hay orden, pero también hay misterio.

Dos tipos de orden

Hay dos tipos de orden. Uno de ellos tiene su origen en Dios y es verdaderamente divino. Este orden es una semilla cuya cosecha es el fruto del Espíritu —amor, alegría, paz, paciencia, bondad, lealtad, gentileza y dominio propio. El otro tipo de orden tiene sus raíces en la conciencia humana y su fruto no apoya nuestro crecimiento espiritual. La guerra, el odio, el perjuicio y la discriminación, por ejemplo, son sus resultados.

Recuerden, nuestras vidas y el universo son gobernados por leyes espirituales. La ley de causa y efecto gobierna el día y la noche, pero no todas las causas residen en Dios; por lo tanto, no producen amor, alegría o paz. Todos los efectos pueden ser el resultado del desarrollo de la ley, pero ellos no son necesariamente parte del plan divino.

Según formamos pensamientos, actitudes y creencias limitativos al juzgar por las apariencias, según creemos en las mentiras y actuamos de acuerdo con esa creencia, el resultado es dolor y sufrimiento. Sin embargo, también hay orden, porque lo que llega a manifestarse es gobernado por las leyes divinas y los resultados son predecibles. El no perdonar y el resentimiento causarán que nuestras relaciones fracasen una y otra vez. Los pensamientos de carencia producirán carencia. El acumular posesiones puede parecer un camino hacia la prosperidad, pero sólo un corazón generoso se siente verdaderamente seguro.

La ley se desarrolla de un modo divino; lo llamamos orden divino. También hay un modo en que la ley se desarrolla que es ordenado, pero no divino. Este orden no es parte del plan de Dios o una expresión de Su voluntad.

Orden divino

La causa y el efecto siempre están activos, pero la pregunta es: ¿que estado de conciencia dará a luz a nuestras experiencias, acciones y, a la larga, nuestras vidas? ¿Se originarán nuestros pensamientos, actitudes y creencias en Dios y la verdad, o serán las apariencias, las opiniones de otros y la sabiduría del mundo las que formarán nuestra conciencia?

Sólo Dios puede producir el orden que es verdaderamente divino. En la verdad, *el orden divino no es sobre el estado en que están las cosas, sino cómo se originaron.*

Dios es el comienzo del orden divino. Un ser humano típico piensa que el orden divino es un efecto. Algo ha sucedido. Cuando elevamos nuestro pensamiento a un nivel espiritual, descubrimos que el orden divino es una causa, una conciencia de Espíritu que ayuda el plan de Dios y que se manifestará en nuestras vidas y sobre la Tierra.

Por muchos años, nos hemos preguntado si ciertos acontecimientos están en orden divino. ¿Es orden divino que trabajemos en una posición específica en la compañía que hemos escogido? ¿Que ocurrió a la persona que se entrevistó para la misma posición? ¿Está

el orden divino presente si nos casamos con cierta persona? ¿Qué pasa con la otra persona que ama a ese individuo también?

Es comprensible que hagamos estas preguntas y creamos que el orden divino se refiere a las cosas que nos ocurren. Esta perspectiva es parte de nuestro viaje y una ceremonia ritual para entrar al reino de Dios; sin embargo, cuando vemos la vida desde una perspectiva diferente, las preguntas cambian. *No preguntamos si un evento está o no en orden divino; preguntamos si nosotros estamos o no en orden divino.*

Una frase que decimos o la vida que vivimos

Cuando el orden divino se establece, entramos al reino de las causas. Ya no nos preocupamos con circunstancias y acontecimientos. Somos fieles a la guía de Jesús para buscar el reino. Según declaramos orden divino, vamos hacia Dios y no pensamos en resultados específicos. Nuestra búsqueda es por el Espíritu.

En este momento el asunto más importante es: ¿Nos despertaremos a la conciencia de Dios? A menos que experimentemos la Presencia, el orden que es divino no podrá surgir. De manera que, para experimentar el orden divino, apartamos nuestra atención del mundo y la ponemos en Dios.

Al vivir desde una conciencia de orden divino, nos unimos a Pablo en saber que “a los que aman a Dios, todas las cosas les ayudan a bien” (Ro. 8:28). Cuando nos mostramos receptivos al orden divino, el dolor y sufrimiento pueden aún estar presentes, pero ahora recordamos que la Presencia también está con nosotros, entre nosotros y en medio de nuestra dificultad. Con el regalo de la atención que damos a Dios, comenzamos de nuevo. La paz y armonía se levantan en nuestras almas.

Es importante darnos cuenta de que las cosas no simplemente trabajan juntas para el bien. La promesa de Pablo es condicional: “A los que aman a Dios, todas las cosas les ayudan a bien”. *El amar a Dios* es crucial, no porque Dios necesita nuestro amor, sino porque el amor es nuestra naturaleza y porque a través del amor experimentamos nuestra unidad con la Presencia. No hay orden divino a menos que haya una unidad consciente con el Único. Cuando amamos a Dios y experimentamos la Presencia, el Espíritu puede actuar en y a través de nosotros y *como* nosotros.

Jesús vivió en orden divino, y Su vida fue un portal a través del cual el amor del Creador pudo ser vertido sobre la humanidad. Cuando somos uno con Dios conscientemente, se abre una puerta y el trabajo del Espíritu puede realizarse. Somos bendecidos y también somos una bendición.

Y cuando el orden divino es la vida que vivimos, sabemos que la voluntad de Dios es el bien, que el universo es amistoso y que tanto nosotros como otras personas somos innatamente buenos. Puede que estemos pasando por un divorcio o hayamos recibido un horrendo diagnóstico de cáncer, pero sabemos que las leyes espirituales nos sostienen y que la dirección de toda vida es una espiral ascendente. Esto nos hace abandonar los esfuerzos de establecer armonía y plenitud. El orden divino nos pide que descansemos y esperemos por guía divina. Según esperamos, nos damos cuenta de que no somos nosotros sino la presencia de Dios lo que hace la obra.

De ser una carga a ser un puente

Cuando vivimos desde una conciencia de Dios, la Tierra y sus experiencias nos enseñan la verdad del ser y el significado de la vida. Nuestras cargas se convierten en puentes hacia una nueva comprensión y nueva vida.

Había una vez una hormiga que cargaba una brizna de paja cuando se encontró con una grieta en la tierra. La hormiga anduvo por la orilla de la grieta buscando un modo de llegar al otro lado, pero ésta era muy larga. De repente, la hormiga tomó la brizna y colocándola a través de la grieta corrió por ella al otro lado. Luego tomó la brizna de nuevo y continuó su camino. Su carga se convirtió en un puente.

Nosotros, también, podemos aprender de los retos en la vida. Las circunstancias no tienen que reunir ciertas características para que seamos capaces de enfrentarlas. Ellas pueden ser lo que sean, porque somos uno con Dios. Las respuestas llegarán, las curaciones surgirán, las necesidades serán satisfechas, pero ninguno de estos constituye el propósito de nuestras vidas.

Primero orden, luego el mundo

El orden se establece primero en nosotros, y luego vemos el mundo de un modo diferente. Aun una enfermedad mortal puede ayudarnos a valorar la vida y sus tesoros más completamente y hacer que veamos las amistades —algo que una vez dimos por sentado— como perlas de gran precio.

El declarar orden divino es algo más que decir dos palabras; es ceder el control. Es darse cuenta de que no podemos establecer orden divino por medio de nuestros esfuerzos. Cuando vivimos nuestras vidas dedicadas al orden divino, dejamos ir y confiamos. Hablamos menos y escuchamos más. Actuamos con firmeza, pero posponemos nuestras acciones hasta que sentimos la mano del Espíritu sobre nosotros. Admitimos que *nosotros* no sabemos el camino que debemos seguir, pero que el Espíritu *sí lo sabe*. En el momento correcto, seremos guiados a dar el paso siguiente.

Es como presenciar una puesta de sol maravillosa. Podríamos sentarnos en una montaña alta mirando hacia al oeste, pero si lo hacemos a pleno mediodía, no veríamos el cielo alumbrado con la presencia de Dios. No basta con estar en el sitio correcto y mirar al oeste. El momento también debe ser divino.

Cuando estamos en orden divino, Dios está a cargo. El Maestro Arquitecto construye ahora de acuerdo con el plan divino en lugar de tratar de edificar nuestras vidas de acuerdo con el plan que nosotros hemos concebido. Podemos pensar que queremos estar al mando, pero la verdad es que no queremos ser arrojados de un lado a otro por las circunstancias de la vida.

Frecuentemente, la vida se siente como si estuviéramos en una tormenta en el mar, siendo abatidos por el viento y las olas. El orden divino no hace que las tormentas se vayan; nos ancla en Dios y nos permite estar en paz aun cuando los vientos soplen y las olas se precipiten sobre nosotros.